



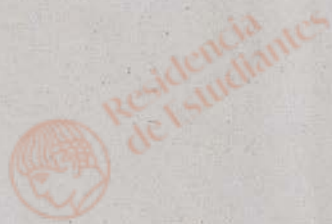
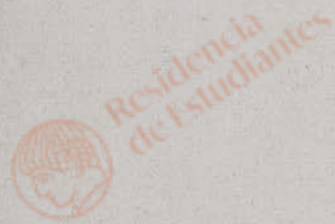
LOS NIÑOS DE EUROPA

*piden
justicia*

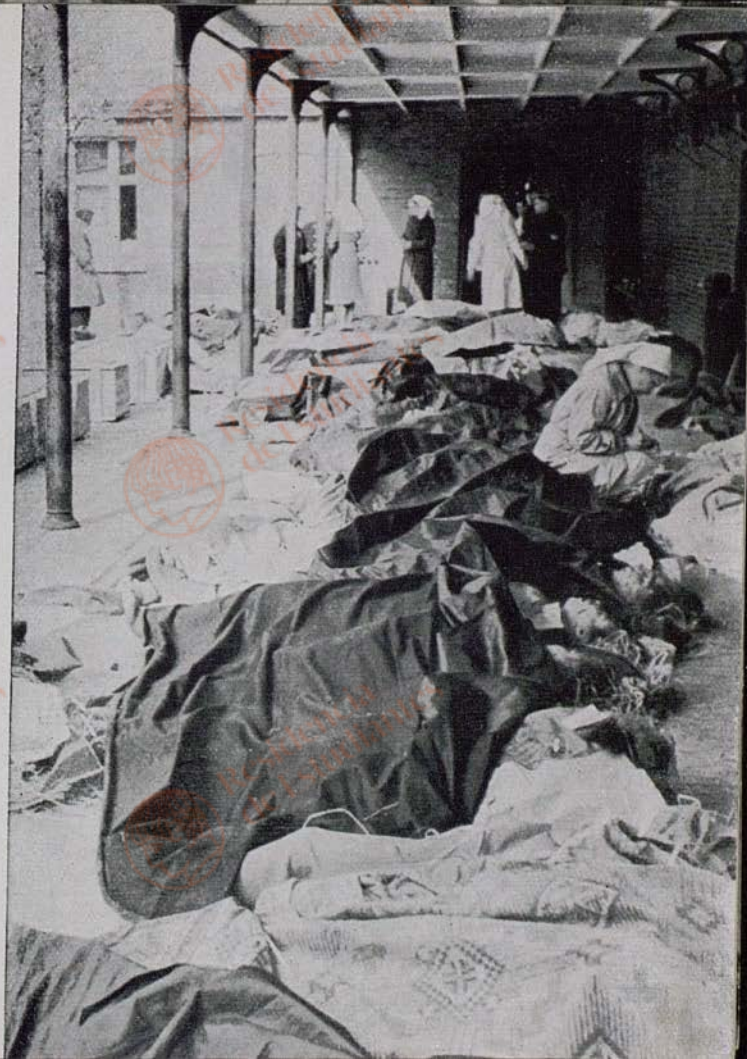


LOS NIÑOS DE EUROPA

piden justicia



El domingo 4 de abril de 1943 fué un radiante día de primavera en la región parisina; todo impulsaba a salir al aire libre. Por todas partes se veían grupos de paseantes y gentes que se dirigían a los campos de deportes, donde se celebraban partidos de fútbol en beneficio de los prisioneros de guerra franceses, o al famoso hipódromo de Longchamp, en el bosque de Bolonia. En el momento mismo de comenzar las carreras, sonaron las sirenas. ¡Alarma aérea! Inmediatamente caen las primeras bombas; sólo en el hipódromo fueron arrojadas quince. Aunque sólo algunas de ellas alcanzaron a la multitud de espectadores, hubo que lamentar aquí 50 muertos e innumerables heridos. Otros barrios de la ciudad fueron también gravemente afectados. Se contaron más de 400 muertos. Pero los ingleses y norteamericanos comunicaron jactanciosamente: « El tiempo era claro, y los objetivos fueron bombardeados con violencia y precisión. » Estos objetivos fueron también ahora las viviendas, los hospitales, los campos de deportes



Entierro de los niños muertos en el bombardeo británico de Amberes.



y, sobre todo, las mujeres y los niños, como había sucedido ya en el último ataque importante contra la capital de Francia; más de 1.000 personas hallaron entonces la muerte, sacrificadas por la antigua aliada de su patria. Antes, en el verano de 1940, los habitantes de París aguardaron en vano el auxilio de las escuadrillas británicas; los alemanes, sin embargo, se limitaron entonces a atacar exclusivamente los aerodromos de la capital, dejando a salvo la ciudad misma...

Al día siguiente del ataque aéreo a París, los bombarderos norteamericanos, protegidos por cazas británicos, atacan Amberes. Vuelan a enorme altura y descargan las bombas en masa contra un barrio obrero, que queda convertido en un montón de escombros. Sin embargo, cuando los cazas alemanes, con su acción aniquiladora, les salen al encuentro, los bombarderos norteamericanos y los cazas ingleses huyen a toda velocidad. Pero, como consecuencia de esta agresión, hay que lamentar 2.000 muertos. De los 17.000 habitantes del barrio



Identificación de los cadáveres de los niños.

Escenas conmovedoras se desarrollan al reconocer a sus familiares los parientes de las víctimas.

más gravemente afectado, 10.000 quedaron muertos, heridos o sin albergue. Dos escuelas fueron totalmente destruidas; entre sus escombros se encontraron más de 300 cadáveres de niños. Ante estas terribles fosas se desarrollaron verdaderas escenas de horror cuando los padres, si no habían sido ellos mismos víctimas de la cobarde agresión, buscaban desesperados a sus hijos. Los cadáveres estaban tan desfigurados, que la mayoría de los niños tuvieron que ser enterrados sin identificar.

También en otras dos escuelas hubo que lamentar sensibles pérdidas. Pero los autores de estos atentados declararon satisfechos que se habían « obtenido buenos resultados » y que las bombas habían sido colocadas « en el centro de los objetivos. » « En el centro de los objetivos... » En sus detalladas informaciones muestra un diario de Amberes lo que significan en realidad estas palabras. « Una escuela de niñas fué alcanzada de lleno por una bomba », dice el periódico. « Una parte de las niñas se había refugiado poco antes en los

sótanos de la escuela. Pero las masas de escombros producidas por la explosión bloquearon la salida y hasta muy avanzada la noche se estuvo trabajando para liberar a los pequeños. Se obtuvo respuesta a las señales que se les hicieron por medio de golpes. Se oían gemidos y lamentos, que poco a poco fueron disminuyendo de intensidad. Los golpes con que llamaban se fueron haciendo cada vez más débiles, y por último ya no se oyó nada, de modo que sólo quedó el triste convencimiento de que las niñas habían muerto asfixiadas. Fueron retirados los cadáveres que yacían en el patio. Juntamente con las niñas murieron cinco religiosas. Los padres de las niñas, desesperados, querían saber el paradero de sus hijas. Una religiosa se acercó a las camillas y reconoció a los niñas que yacían en ellas, para que pudieran ser retiradas. Las otras fueron colocadas a un lado, a fin de que los padres pudieran identificarlas. Preguntamos a una religiosa el número de víctimas y nos contestó que a lo sumo habían sido salvadas 20 niñas y que



el número de muertos se elevaba aproximadamente a un centenar, siendo la mitad de esta cifra desaparecidos...»

En las cercanías de esta escuela fué alcanzada otra. La sección de pávulos, con 240 niños, fué pulverizada por una bomba. Donde antes había estado la escuela no quedaba más que un embudo de varios metros de profundidad, con trozos de los bancos escolares, jirones de los vestidos de los niños y toda clase de utensilios escolares destrozados. Fueron recogidos aquí cuarenta cadáveres, creyéndose que hubo en total por lo menos 150 víctimas.

« Esto es un crimen que clama al cielo, » escribía el periódico « Het Vlaamsche Land ». « Ninguna fantasía, por bárbara que sea, puede imaginarse los sufrimientos y las calamidades que se han abatido sobre nosotros. Nada podrá convencernos de que estas atrocidades tengan otra finalidad que la de actuar sobre nosotros como medidas de terror,



adoptadas deliberadamente y sin justificación alguna. »

« Esto no es ya guerra, sino un crimen espantoso que clama venganza », escribía un periódico belga después del sangriento 5 de abril, un nuevo día de ignominia para Inglaterra y los Estados Unidos. Otro periódico recordó que Bélgica, en la lucha contra Alemania, sólo tuvo 6.000 muertos, de modo que esta alevesa agresión de su antigua aliada y de los cómplices norteamericanos de ésta causó de un golpe la tercera parte del número de víctimas ocasionadas entonces por la guerra. Y no fué éste el primer ataque aéreo que sufrió Bélgica. Ni el último, pues a los pocos días tuvo que pagar también Lieja un elevado tributo de sangre.

Pero en Francia hace ya tiempo que se cuentan por millares los muertos por el terrorismo aéreo. Ciudades enteras han quedado convertidas en escombros y cenizas. Churchill tuvo que reconocer que los refugios de los submarinos habían quedado intactos, porque ningún bombardeo había podido

causarles el menor daño. En cambio, sus bombarderos han asolado **antiguas ciudades con tesoros culturales irrempezables**, y los norteamericanos, que sin ningún motivo justificado han atacado Europa con furor salvaje, experimentan una satisfacción diabólica al participar en esta obra de destrucción. No sienten el menor respeto por la multitud de valores artísticos y tradicionales que elevan a cualquier ciudad del continente muy por encima de las gigantescas aglomeraciones urbanas, carentes en absoluto de carácter propio, de los Estados Unidos. Por el contrario, se alegran de poder aniquilar valores que ellos mismos no son capaces de producir. Con igual furor salvaje bombardean también las ciudades alemanas e italianas.

Pero lo que tratan de hacer sobre todo, tanto ellos como los ingleses, es una carnicería en los pueblos de Europa. Ambos aliados se parecen en una cosa: Para ellos la guerra no es sólo una lucha armada entre soldados, sino, en mucha mayor proporción, una labor de aniquilamiento de los

otros pueblos. La larga historia de Inglaterra nos lo ha demostrado con tanta frecuencia como la breve historia de los Estados Unidos de América. Lo mismo que extirparon de raíz a los indios y maoríes, lo mismo que han aniquilado a los tasmanios y a tantos otros pequeños pueblos, también en la lucha contra las naciones blancas persiguen siempre como objetivo bélico fundamental la destrucción definitiva de su base étnica. Ni aun en las épocas más tenebrosas de la humanidad se ha proyectado y realizado la guerra contra las mujeres y los niños manera tan implacable como lo hacen hoy las naciones de habla inglesa. Ya Cromwell exterminó a centenares de miles de irlandeses; más adelante, este desgraciado pueblo se vió condenado al hambre y expulsado de su país por los dominadores británicos, descendiendo la población de Irlanda, entre 1850 y 1900, desde 9 hasta 4 millones. La misma política siguieron los ingleses en la **guerra de los boers**, internando a las mujeres y niños de esta nacionalidad en terribles

campos de concentración donde encontraron la muerte 26.000 de ellos, sacrificados con el exclusivo objeto de influir así por medio del terror sobre la moral de los combatientes. La misma finalidad tenía el bloqueo de hambre realizado durante la primera guerra mundial, del que fueron víctimas 800.000 niños alemanes.

Cuando en el siglo XIX fueron sustituidos los ejércitos mercenarios por los ejércitos nacionales, los Estados civilizados trataron de hacer más humana la guerra mediante distintos convenios, considerándose además obligados por determinadas normas, referentes sobre todo a la protección de la población no combatiente. La lucha contra los niños era considerada por todos los pueblos cultos como un salvajismo infame. Se quería que la guerra volviera a ser una lucha leal entre soldados. Sólo los ingleses mantuvieron firmemente su antiguo proceder, considerando a los adversarios, no como a enemigos caballerescos en una lucha por el poder históricamente justificada, sino como a



«rebeldes» sublevados contra Inglaterra, conforme a lo cual también debía ser incluida en su programa de exterminio la población civil y no podía pensarse en respetar la vida de las mujeres, los ancianos y los niños.

Durante la **primera guerra mundial** llegaron incluso a difundir, junto a otras repugnantes difamaciones, la calumnia de que los alemanes mataban a los niños de pecho y cortaban las manos a los niños belgas, mientras que en realidad los soldados alemanes y las autoridades de ocupación se esforzaron por aliviar en lo posible la dura suerte de estos niños, dando toda clase de facilidades para su labor a las comisiones neutrales de alimentación. Con posterioridad, publicistas ingleses, como Ponsonby, reconocieron abiertamente que en todos los casos se trató de falsedades deliberadas, cuya finalidad consistía en desviar la atención de la opinión pública mundial de la lucha británica contra los niños por medio del bloqueo de hambre, una lucha cuyos efectos se describían

en Inglaterra con un placer sádico muy semejante al que experimenta hoy el hombre de confianza de Roosevelt, Theodore Kaufman, al pensar en el exterminio del pueblo alemán mediante la esterilización.

En todas estas crueldades, el mundo ha tenido que ser siempre testigo de un espectáculo denigrante: los culpables ensalzan su propio crimen como una obra grata a Dios. Se presentan a sí mismos como un «pueblo escogido», al que el Cielo le habría encomendado la misión de dominar y explotar a otros pueblos, pudiendo emplear todos los medios, incluso la destrucción física, contra las «naciones rebeldes». A las víctimas se les atribuían todas las cualidades e intenciones más viles. La Albión dominadora del mundo atribuyó a Alemania un plan de dominación universal, sin tener en cuenta los principios políticos con arreglo a los cuales organizaba ésta su vida y aunque ningún hombre de Estado alemán haya perseguido jamás esta finalidad. La destrucción del poderío

español se llevó a cabo bajo la falsa bandera de la «lucha contra el papismo»; durante las guerras contra Francia se hablaba de Luis XIV y de Napoleón, mientras que en realidad se pensaba en el pueblo francés. Los norteamericanos proclamaron la doctrina de Monroe bajo el lema de «América para los americanos», pero en el plazo de 24 años han perpetrado dos agresiones contra Europa. También ellos denominan a su patria «el país de Dios» y aspiran a la dominación universal, que iniciaría un «siglo americano». Destruyen con verdadero fanatismo y hablan al mismo tiempo de su misión constructora.

Desde hacía tiempo habían decidido los ingleses y los norteamericanos el empleo de la guerra aérea despiadada contra las mujeres y los niños en una guerra futura, en cuya preparación trabajaban desde hacía años los círculos influyentes de Londres y Washington. (Ya en 1936 dijo Churchill al general norteamericano Wood que Alemania era demasiado fuerte y que debía ser aniquilada.)

Adolfo Hitler, por el contrario, nunca ha ocultado que consideraba como una cobardía y como un crimen esta degeneración de la guerra en una matanza de no combatientes, proceder indigno de todo pueblo con verdadera sensibilidad militar y humana. Mientras Alemania participó en las deliberaciones de la conferencia del desarme, defendió, sin encontrar eco, este punto de vista.

Incluso después de su retirada de la Sociedad de Naciones, el 18 de diciembre de 1933, hizo Alemania la siguiente proposición: „Todos los Estados reconocen ciertas obligaciones destinadas a humanizar la guerra o a evitar el empleo de ciertas armas contra la población civil.» Esta propuesta se refería sobre todo a la proscripción del terrorismo aéreo por medio de convenios.

El 21 de mayo de 1935 expuso el Führer en un discurso lo siguiente: «El Gobierno del Reich cree que así como antes se pudo prohibir e impedir en general el empleo de balas dum-dum, también se debe prohibir, e impedir así prácticamente, el



empleo de otras armas que, más que a los soldados combatientes, acarrearán la muerte y la destrucción a mujeres y niños que no participan en la lucha.

Cree también que un proceder gradual es lo más adecuado para el éxito. Por consiguiente, se debe prohibir el lanzamiento de bombas de gases, incendiarias y explosivas fuera de la verdadera zona de combate... Si en otro tiempo se logró, mediante el Convenio de Ginebra de la Cruz Roja, impedir paulatinamente que se diera muerte a heridos o prisioneros indefensos, asimismo tiene que ser posible prohibir y hacer que cesen definitivamente, mediante un convenio análogo, los bombardeos contra la población civil, igualmente indefensa. »

El Führer reiteró luego estas propuestas en su discurso del 31 de marzo de 1936, recomendando que una conferencia internacional para la limitación de los armamentos deliberara sobre los siguientes puntos:

1. — Prohibición de lanzar bombas de gases, incendiarias y tóxicas.
2. — Prohibición de lanzar bombas de cualquier clase en localidades abiertas que se encuentren fuera del alcance de la artillería pesada, de calibre medio, de los frentes de combate.

Declaró que Alemania aceptaría toda reglamentación de este tipo, siempre y cuando tuviera validez internacional.

Estas proposiciones no fueron engendradas por un sentimiento de debilidad, sino por el convencimiento de un antiguo soldado del frente en cuya opinión sería indigno de los pueblos civilizados hacer que el peso de la guerra cayese sobre las mujeres, los niños y los ancianos. Por ello, el arma aérea alemana fué utilizada en esta guerra con la orden de atenerse estrictamente a estas normas fundamentales. Limitó en consecuencia sus ataques a objetivos militares propiamente dichos, entre los cuales se contaban también, naturalmente, ciuda-

des que eran fortalezas o que habían sido convertidas en tales. Por parte inglesa se ha hecho notar que al comienzo de la guerra la aviación alemana era cuatro veces superior a la británica. Indudablemente poseía también una considerable ventaja sobre las dos aviaciones unidas de Inglaterra y Francia, sobre todo porque la campaña de Polonia le había suministrado experiencias de que carecían sus adversarios del Oeste. Sin embargo, no realizó ningún ataque contra las ciudades enemigas. Así pues, por parte alemana se expresó del modo más elocuente posible la disposición a no realizar ningún ataque aéreo contra la población civil.

¿Existía también esta disposición en la parte contraria? Es cierto que en un principio también se renunció allí a esta degeneración en la manera de hacer la guerra, pero impulsados en este caso, indudablemente, por la conciencia de su propia inferioridad. Pero ya entonces, en Inglaterra, se comenzó a influir de manera constante sobre la opinión pública para que ésta considerara los bom-

bardeos contra la población civil como un medio de lucha deseable y moralmente lícito. En la prensa inglesa aparecieron numerosos artículos y cartas que recomendaban esta clase de guerra para « castigo » de los alemanes. Se recordaban los « éxitos » que se habían obtenido así en las colonias británicas y en la frontera noroeste de la India, y como Inglaterra ha realizado siempre sus guerras en Europa desde puntos de vista coloniales y las ha considerado como « expediciones de castigo », no podía causar sorpresa esta manera de influir sobre la opinión pública.

El 12 de enero de 1940 se llevó a cabo el primer ataque de la RAF contra la ciudad de **Westerland**, en la isla de Sylt. Por parte alemana se hizo entonces una clara advertencia. En la prensa inglesa sirvió esto como pretexto para recomendar los bombardeos contra la población no combatiente.

Recordemos a este respecto la carta que el conocido escritor H. G. Wells, que ya entonces trataba de crear en los Estados Unidos un ambiente

favorable para el terrorismo aéreo británico, publicó en el periódico « Liberty » el 26 de enero de 1940:

« Hay muchas personas sensibles que no desean que Berlín sea bombardeado. Yo estoy convencido de que los bombardeos fuertes, las destrucciones de ciudades y otros actos análogos constituirán para los alemanes una experiencia saludable y humillante. Hagamos, pues que los alemanes prueben por fin esta medicina. »

Ya algunos años antes, ¿no había procurado un diputado de la Cámara de los Comunes informarse sobre el número de bombas que en caso de guerra podría transportar el nuevo tipo de avión que hacía el recorrido de la línea Londres-Berlín? ¿No se había discutido ya entonces calorosamente en la Gran Bretaña cómo se podría hacer la guerra aérea contra la población civil alemana, mientras que Alemania hacía constantes proposiciones para que se proscribiera internacionalmente esta barbarie?

En 1934 predecía Churchill en un artículo: « Quizá la próxima vez se trate de hacer una manzanza entre las mujeres y los niños o en la población civil en general, y la diosa de la victoria concederá el triunfo al que pueda organizar esto en mayores proporciones. » Con estas últimas palabras se refería Churchill a la Gran Bretaña.

El 16 de marzo de 1940 cayó la primera bomba alemana en territorio británico, durante un ataque a los buques de guerra ingleses en aguas de las islas Orkadas. Ciertamente, no se trató entonces de ningún objetivo civil, sino de una batería antiaérea, que fué alcanzada y que cesó de disparar, pero los ingleses afirmaron que con ello se había iniciado por parte alemana la guerra aérea contra la población no combatiente, y un nuevo ataque a la isla de Sylt fué calificado de « represalia », aunque no se alcanzó ningún objetivo militar, sino instalaciones civiles. Los días 24, 25 y 26 de abril siguieron ataques a ciudades y balnearios de Schleswig-Holstein, a los que contestó Alemania con una



Edificios antiguos destruidos.

advertencia. Pero el 10 de mayo, con la campaña del Oeste, comenzaron los ataques aéreos británicos de gran envergadura contra numerosas ciudades del Oeste de Alemania.

El 10 de mayo se llevó a cabo el bombardeo de la antigua ciudad de Friburgo de Brisgovia, donde no existen instalaciones militares de ninguna clase. En un lugar de recreo infantil hallaron la muerte 13 niños de 5 a 12 años de edad; en total hubo 57 muertos.

En casi toda la Alemania occidental los ataques aéreos no estuvieron dirigidos a objetivos militares, sino a los barrios habitados, hospitales, iglesias y escuelas. Los muertos fueron principalmente mujeres y niños. El 29 de mayo hizo Alemania una nueva advertencia. Hasta el 20 de junio no inició la aviación alemana los ataques de represalias contra Inglaterra, limitándose de todos modos estrictamente a bombardear objetivos militares.

Pero los ingleses se dedicaron entonces a atacar deliberadamente los monumentos nacionales

alemanes: el 20 de junio, la catedral de Spira; el 22, el lugar donde se celebra la acción de gracias por la cosecha, en el Bückeberg; el 17 de agosto, la casa de campo de Goethe en Weimar; el 22 de agosto, el mausoleo de Bismarck en Friedrichsruh; el 29 de agosto, la catedral de Merseburg. El hecho de que se lanzaran muchas bombas con espoleta retardada, de las que fueron víctimas con especial frecuencia niños, demuestran que lo que se buscaba era sobre todo destruir el mayor número posible de vidas humanas. Sobre Sicilia arrojaron los angloamericanos, no hace mucho tiempo, lápices y plumas estilográficas con carga explosiva que debía estallar en las manos de quienes los recogieran.

Con el primer ataque a Berlín, realizado en la noche del 26 de agosto, comenzó una serie de bombardeos terroristas contra la capital del Reich. Después del sexto ataque, el Führer, en su discurso del 9 de septiembre de 1940, declaró que después de haber dado pruebas de paciencia durante 3



meses, la aviación alemana «daría la respuesta noche tras noche». En consecuencia, el 7 de septiembre fué atacada la ciudad de Londres. Así pues, todos los sufrimientos y las pérdidas que ha experimentado Inglaterra desde entonces, fueron provocados por ella misma.

Lo que sucedió posteriormente es de todos conocido. Ya el 25 de octubre de 1940 declaró el Mariscal de Aviación inglés Joubert: «Estamos hartos de arrojar bombas sobre objetivos militares», aunque en realidad hasta entonces los ataques se habían concentrado en mucha mayor proporción sobre los barrios habitados de las ciudades alemanas, tratando de sembrar el terror entre la población civil. Esto precisamente constituía la finalidad principal de los bombardeos, como lo expresó el vicario de Wootton, S. E. Cottam, en una carta publicada en el «Daily Mail» del 31 de octubre de 1940:

«Yo os digo: destruid la catedral de Colonia, bombardead San Pedro de Roma; aniquilemos



hombres, mujeres y niños.» Y el reverendo Whipp escribía en su hoja parroquial del 5 de septiembre de 1941:

«Las órdenes para los bombarderos de la aviación británica debían ser: ¡Exterminad a los alemanes! La orden debería ser: ¡Matadlos a todos!»

En un radiograma de la «British United Press» a la Press-Veritas de Sydney, enviado el 17 de enero de 1941, se decía: «Por el amor de Dios, comenzad ya de una vez a diezmar la población civil alemana pues este es el único medio de quebrantar su moral.»

El 12 de marzo de 1941 pudo ya comunicar a sus lectores el «News Chronicle»: «La RAF realizará sobre determinados lugares de Alemania vuelos complementarios dirigidos exclusivamente contra la población civil.» Estos «vuelos complementarios» se efectuaron principalmente contra la antigua parte histórica de las ciudades de Münster, Nüremberg, Munich, Rostock, Lübeck, etc.,

donde no existen objetivos militares de ninguna clase.

Mientras que la opinión pública alemana ha considerado siempre los ataques aéreos contra Inglaterra como necesidades militares, la prensa inglesa no pudo ocultar su satisfacción por la destrucción de las escuelas, barrios habitados y centros culturales, pero sobre todo por la destrucción de vidas alemanas. Los periódicos estimulaban a la RAF para que intensificara cada vez más el terrorismo aéreo, del que se creía poder esperar una acción desmoralizadora de carácter decisivo.

El 3 de marzo se dijo abiertamente por la emisora de Londres que no se podía sentir más que alegría al ver que «hombres, mujeres y niños eran obligados a sufrir de manera tan terrible».

Tampoco el comandante norteamericano George Fielding Elliot se anduvo con rodeos cuando declaró por radio el 4 de marzo de 1943:

«Han sido destruidas ciudades alemanas; el pueblo alemán ha sufrido muertos y heridos, y

muchas personas han quedado sin hogar. Para nosotros es evidente que se necesitan todavía más aviones, más castigo aún para Alemania.» Y la emisora norteamericana Schenectady dijo el 8 de marzo de 1943:

«Los bombardeos contra las ciudades alemanas no representan una guerra de nervios, sino una campaña de exterminio cuidadosamente proyectada y metódicamente realizada.»

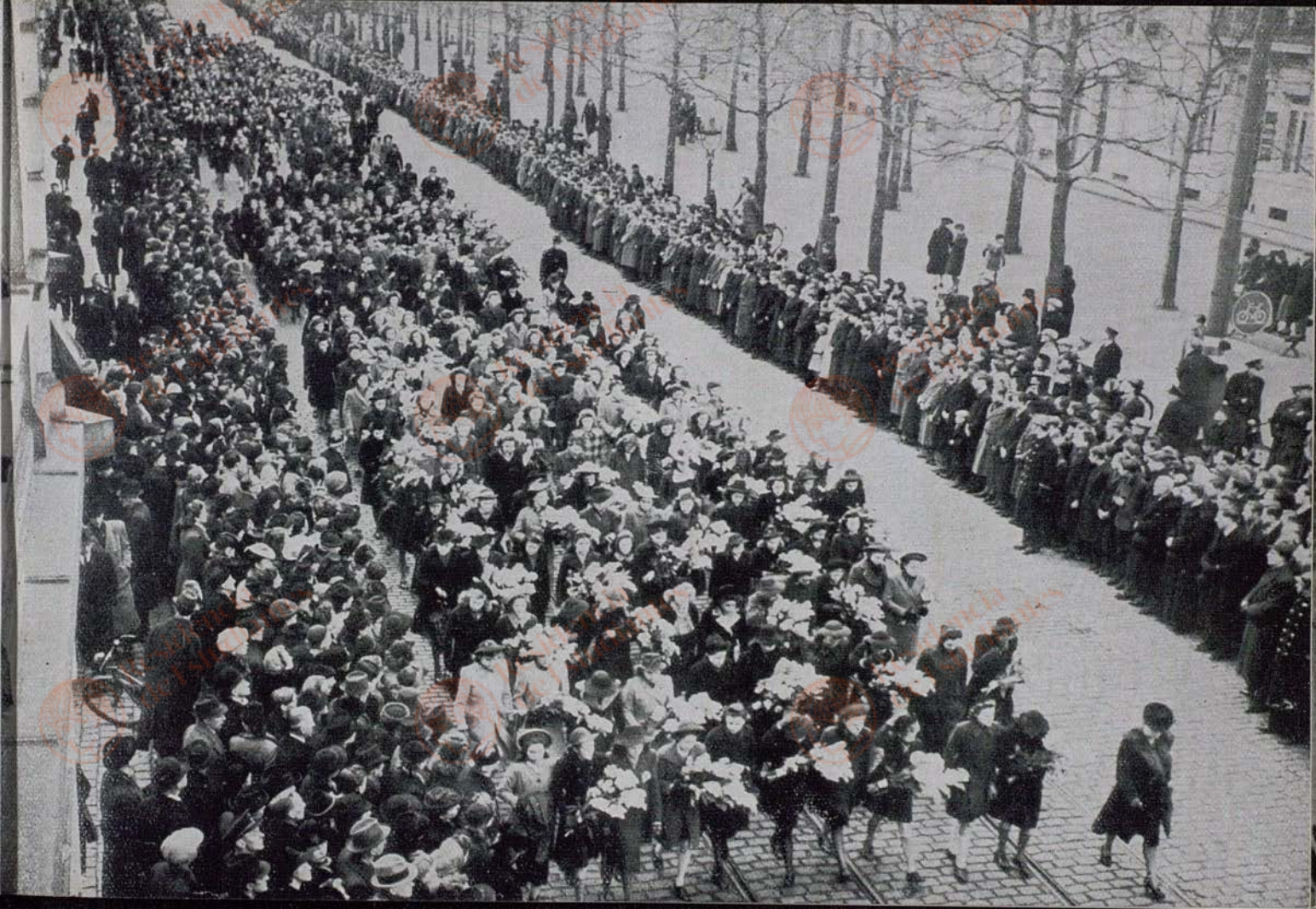
Pero las naciones de Europa se hacen la siguiente pregunta: ¿Qué se puede esperar de esas potencias que hacen la guerra utilizando sobre todo el asesinato de seres indefensos? Si padecen necesidad, se lo deben a sus antiguos aliados, que las bloquean, les arrebatan las colonias y matan a sus hijos por medio del hambre y las bombas. Pues los ingleses y norteamericanos no quieren que exista en Europa ningún pueblo fuerte y consciente de sí mismo. En su plan de dominación universal, sólo tienen reservado un puesto las naciones quebrantadas física y moralmente y ya

maduras para ser totalmente dominadas por las plutocracias y el bolchevismo. Una de las principales finalidades de los bombardeos consiste en preparar este agotamiento.

Pues el bombardeo contra las personas indefensas no terminaría con esta guerra. Por el contrario, todos los planes que proyectan los anglonorteamericanos para la postguerra coinciden en un punto: La « paz » debe ser organizada de tal manera que Inglaterra y Norteamérica, en unión de los Soviets, sean las únicas autorizadas a mantener una fuerza aérea y a poder utilizarla a su arbitrio contra las « naciones rebeldes ». Es fácil imaginarse lo que esto significaría. Hoy tiene que contar siempre el atacante con pérdidas elevadas, porque es mantenido en jaque por la artillería antiaérea y los cazas; y por otra parte, la defensa pasiva de la población civil está bien organizada, de modo que las pérdidas de ésta en vidas humanas y en bienes pueden mantenerse dentro de determinados límites. Pero los pueblos a los que se les prohibiría

la organización de toda defensa, habrían de padecer infinitamente bajo los efectos de tales « expediciones de castigo ». Sin declaración de guerra serían asesinados millones de personas sin poder defenderse, se cumpliría el ideal de un ejército degenerado en una horda de carniceros, ideal consistente en poder asesinar e incendiar sin peligro propio. Lo que más sienten los piratas del aire británicos y norteamericanos es que esto no suceda ya hoy.

Pues su finalidad no es la lucha leal con las armas, sino la **matanza de mujeres y niños** y la destrucción de valores insustituibles, como manifestaron dos pilotos canadienses a través de la emisora de radio Schenectady, diciendo: « Transformaremos todas las ciudades de Alemania en montones de escombros humeantes. » Lo mismo sucede en Italia, en Francia, Bélgica y Holanda, y se repetiría en todas partes donde hicieran su aparición la RAF y la aviación norteamericana. No quieren





matar a los niños de Europa, sino también destruirles la patria a los supervivientes.

Los niños de Europa, que son ahora el objetivo predilecto de los bombardeos ordenados por Churchill y Roosevelt, serían los esclavos sin voluntad del nuevo mundo de mañana. Ningún pueblo del continente puede pensar que sería nunca « libre » si el Eje sucumbiera. Pues ¿quién podría protegerlos del bolchevismo y del imperialismo del dólar, si los países fundamentales de Europa yacieran impotentes? Ya hoy se dice a las pequeñas naciones que no podrían contar con un total restablecimiento de su independencia. Tendrían que obedecer las órdenes de las potencias enemigas del Eje, entregándose al bolchevismo o sometiéndose a Inglaterra y Norteamérica. ¿No habrá de llegar irremisiblemente, pues, para cada una de ellas el momento en que, por instinto de conservación y por respeto a su propio carácter y tradición, tengan que rebelarse contra el dictado de sus tiranos?

También ellas serían afectadas por el terrorismo de los bombardeos que el plan mundial de Mr. Roosevelt reserva a todos los «pueblos insubordinados»; y nadie podría defenderse contra estos asesinatos en masa. Los niños de Europa, cuya patria ha sido arrastrada en la vorágine de la guerra de venganza judía contra Alemania y asolada por las bombas británicas y norteamericanas, cuyos padres y hermanos han sido arrebatados por la guerra, se verán entonces ante el dilema de abandonar el último residuo de honor y libertad, o entregarse como esclavos a los yanquis para trabajar en los malsanos países tropicales o en la industria norteamericana, cuyos productos habrían de inundar todos los países de la Tierra, como ya se anuncia ahora.

El asesinato físico por medio de las bombas irá seguido del asesinato espiritual de los niños de Europa. Los padres que hoy lloran ante el féretro de uno de sus hijos, víctima de esta piratería aérea, tienen que darse cuenta de que esta matanza de

los niños de Europa sólo es una parte de esa locura destructora desencadenada contra la vida de los pueblos del continente. Han de reconocer que aquí actúan las mismas fuerzas tenebrosas que provocaron esta guerra porque no deseaban una sincera y leal colaboración entre las naciones, sino que pretendían dominar el mundo. Se preguntarán con qué derecho estos enemigos de la humanidad hablan de orden, legalidad y justicia, mientras que no regatean ningún medio para convertir la comunidad de los viejos pueblos cultos en una impotente horda de esclavos sin voluntad.

Después del **ataque aéreo a Tokio** del 18 de abril de 1942, realizado con fines puramente terroristas y que representó un cobarde acto de venganza por las graves derrotas y pérdidas de los británicos y norteamericanos en los campos de batalla del extremo Oriente, declararon los japoneses que juzgarían en consejo de guerra a aquellos pilotos que habían disparado sus ametralladoras contra los escolares y que todavía se jactaban de

este comportamiento bárbaro y antimilitar. Esta manera justa de tratar a los piratas del aire fué calificada luego por Roosevelt de « barbarie », invirtiendo deliberadamente todos los conceptos. Pero de boca del general Doolittle, que dirigió aquel ataque a la capital japonesa, oímos la característica amenaza:

« Nuestra tarea consiste en conseguir lo más pronto posible el aniquilamiento total de la nación japonesa. »

Así pues, el general Doolittle, con espíritu de gangster, querría degollar a 100 millones de japoneses, confirmando con ello únicamente la justicia con que los tribunales de guerra japoneses juzgaron a aquellos miserables que veían su misión sobre todo en la matanza de adversarios indefensos y con este espíritu dispararon sus ametralladoras contra inofensivos escolares.

Era de esperar que Churchill tomara partido por estos pilotos asesinos. También él le señala a la RAF idénticos objetivos. El general australiano

Blamey demostró en esta ocasión que también los ingleses de las colonias rechazan de la misma manera una guerra caballeresca, diciendo que se debería « cazar a los japoneses como monos salvajes en la selva ». Todo esto porque los japoneses, impulsados por su concepción militar de la guerra, habían expresado con toda claridad su repugnancia ante los cobardes y criminales métodos de la aviación enemiga.

El 4 de mayo de 1943 comunicaron desde Roma:

La diabólica táctica de la aviación anglonorteamericana, que se ha expresado últimamente en la matanza de Grosseto, en el lanzamiento de plumas estilográfica cargadas de explosivos y en la agresión al buque hospital « Toscana », ha suscitado en el pueblo italiano una santa indignación. « La sangre de los niños muertos clama venganza », rezaban las titulares de los periódicos, que no hacían más que expresar los sentimientos de las masas.



La hecatombe de Grosseto, hace constar la « Tribuna », representa una nueva e inextinguible fuente de odio contra los anglonorteamericanos y contra la repugnante camarilla que dirige sus destinos y que organiza sus venganzas y crímenes, contra la secta mundial judía y masónica.

Para demostrar los efectos de los lápices explosivos fabricados por una firma judía de los Estados Unidos y arrojados por los gangster del aire sobre Italia, la prensa italiana publica fotografías del niño de 5 años Francesco Romeo, de Alessio, (Calabria), cuya mano izquierda quedó mutilada del modo más espantoso.

Se conocen nuevos detalles sobre el inhumano ataque realizado en pleno día contra la ciudad italiana de Grosseto. Después de haber lanzado los aviadores norteamericanos sus bombas incendiarias y explosivas desde escasa altura sobre el hospital, la catedral, un asilo y numerosas viviendas, dispararon sus ametralladoras contra las personas que circulaban por la calle. Dos niños, que

se encontraban en la calle jugado a la pelota, fueron muertos; otros lo fueron en campo abierto, y algunos en los caballos de madera de un tiovivo, que dió todavía algunas vueltas con los cuerpos sin vida.

Dos coches que llevaban mujeres y niños para una excursión al campo, fueron igualmente atacados con fuego de ametralladora, muriendo todos sus ocupantes.

La prensa hace notar que ya se ha averiguado lo que quería decir Churchill al anunciar un « bombardeo científico » de Italia.

El periódico « Lavoro Fascista » dice que los Estados Unidos no tienen historia, pero tienen en cambio numerosas « historias » de crímenes y escándalos. Tampoco esta guerra, hecha por Roosevelt siguiendo las propuestas judías, creará historia para los Estados Unidos; no hará más que añadir un nuevo capítulo a su historia criminal. Estos sangrientos crímenes explican por fin la simpatía de Roosevelt por Stalin.

Los mismos instintos criminales dominan a los bolcheviques, como lo demuestra su sed de sangre. El libro del judío soviético Ilia Ehrenburg «El Trust de la destrucción» describe cómo sería destruída toda Europa por la apisonadora bolchevique y cómo serían pasadas a cuchillo 350 millones de personas y transportados los supervivientes a Siberia como esclavos. Se deleita imaginando cómo serían convertidas en montones de escombros Berlín, Viena, Estocolmo, París, Roma y todas las demás capitales del continente, y cómo sería pisoteada una cultura milenaria. En los territorios que ocuparon las tropas soviéticas desde 1939 hasta 1941 se inició ya visiblemente esta campaña de exterminio, como lo han demostrado de manera impresionante las terribles matanzas del bosque de Katyn.

Arrancar el corazón de Europa, destruir su vida y borrar su tradición, entregar sus pueblos al arbitrio de Washigton y de Moscú, si no han sido antes exterminados por completo, este es el ob-

jetivo común de esa coalición cuya lucha se dirige contra Europa y le hace ver claramente la necesidad de una solidaridad que es lo único que puede garantizar su existencia en el honor y la libertad.

Los niños europeos asesinados acusan con voz clara y perceptible. Sus pobres cuerpos mutilados, que con el corazón dolorido, pero llenos de santa indignación, desenterramos día tras día de entre los escombros de las escuelas, hospitales y viviendas, hablan un lenguaje terrible. Son mudos testigos de que en esta lucha no se trata del restablecimiento de esta o aquella situación, sino del ser o no ser del Viejo Mundo, que tiene que defender la herencia de su alta civilización contra una barbarie sin igual. Desenmascaran implacablemente la vergonzosa hipocresía de esos eternos provocadores de guerras que en su afán de dominación mundial han desencadenado una conflagración de proporciones inauditas, afirmando al mismo tiempo que fundarían una paz duradera si lograran la victoria.

Pero ¿puede salir una paz semejante de la barbarie de las matanzas de niños, de las intenciones destructoras contra los pueblos más grandes de Europa? ¿No sería la consecuencia inevitable de esta « paz » de los cementerios y de la esclavitud, de la negación de todo sentimiento de humanidad y justicia, que el mundo se encontraría en un estado de intranquilidad permanente, como sucedió en Europa a consecuencia de los dictados de paz de París de 1919, en cuyo seno se ocultaba ya el germen de la guerra actual? ¿No provocaría este nuevo dictado una tercera guerra mundial?

Los bombardeos son la más terrible degeneración de la guerra; trasladan el mayor peso de los sacrificios a la población civil y suprimen por completo el principio según el cual las mujeres y los niños deben ser respetados incluso en las luchas más violentas. Siembran un odio inmenso que envenena la vida de los pueblos. ¡Y de estos bombardeos contra seres indefensos quieren hacer sus inventores la base de su « nuevo orden »! En

ellos piensan los norteamericanos cuando se preparan a apoderarse de todas las bases importantes para el tráfico aéreo, que habrían de servir después para las escuadrillas que a las órdenes de Wallstreet atacarían a los pueblos pacíficos que se les indicase.

La matanza de sus niños obliga a Europa* a emplear todas sus fuerzas para que este monstruoso plan no se realice, para que no figure en la historia más que como una prueba de la depravación humana, frustrada por la resuelta voluntad de vivir de los pueblos civilizados. Europa para los europeos; esta es nuestra respuesta a los sufrimientos que una estrategia inhumana causa a los pueblos del continente. Las bombas que matan a nuestros hijos son para nosotros el símbolo de una voluntad destructora que sólo podrá ser quebrantada por la firme disposición a la defensa de nuestra libertad y nuestro derecho.

No combatimos sólo por la generación actual, sino en mayor proporción todavía, por el porvenir feliz de nuestros hijos y nietos. Tam-



bién entre ellos causa víctimas la muerte, también ellos tienen que padecer privaciones y renunciar a sus modestas alegrías, no conocen la tranquilidad que antes enbellecía sus vidas, sus débiles hombros tienen que soportar una carga abrumadora. Han aprendido a conocer prematuramente todos los horrores de la vida. Hay que evitar a toda costa que como hombres y mujeres vuelvan a vivir lo que ha ensombrecido su infancia.

No podemos entregarlos al arbitrio de una plutocracia insaciable que reduciría a Europa al papel de una colonia, ni a la criminal locura bolchevique, ese terrible sistema que en la Unión Soviética convirtió a los niños en viejos sin alegría y en autómatas sin alma, en los cuales fué ahogado todo noble sentimiento humano.

Una Europa fuerte y unida tiene que ofrecer a sus hijos todo lo que hace a la vida digna de ser vivida: una patria, un hogar, la posibilidad de desarrollar sus facultades y de esperar un porvenir seguro. De ello se trata en esta guerra desde el

día mismo en que Inglaterra la desencadenó para impedir la incorporación de la ciudad alemana de Danzig al Reich.

Europa se condenaría a sí misma a muerte si no reconociera esta verdad, si prestara confianza a sus verdugos, a los asesinos de sus niños, que la hundirían en la esclavitud para siempre. Sólo el que lucha se mantiene con vida. Sólo el que saca enseñanzas de los sufrimientos que le causa su enemigo mortal, encuentra la energía necesaria para vencerlo. Lo que contra Europa hace hoy Norteamérica, unida a Inglaterra y a los bolcheviques, representa una dura lección ante la cual no pueden persistir los pequeños deseos particularistas ni las ilusiones vanas. Estos son característicos de una manera de pensar superada hace ya largo tiempo por los acontecimientos.

Nadie tiene derecho a desoír la acusación de los niños europeos asesinados y a desconocer las justificadas exigencias que la juventud plantea al futuro. Los pueblos saben que antes de esta guerra

el llamamiento de Alemania para la unión de las naciones se dirigió sobre todo a los antiguos soldados de la primera guerra mundial y a la juventud. Este llamamiento hubiera dado sus frutos si no hubiera sido socavado por la belicosa camarilla de los plutócratas británicos y norteamericanos y por el incesante trabajo de zapa del bolchevismo. Pero la guerra que desencadenaron estas fuerzas irresponsables de los bajos fondos políticos, abrió los ojos a los pueblos.

Esta guerra producirá lo que antes de su comienzo no pudo realizarse: la amplia solidaridad de Europa al servicio de su independencia, de su libertad y de su grandeza, garantizando así la vida y la felicidad de sus hijos y haciendo desaparecer ese espíritu criminal que se manifiesta día tras día en los bombardeos de un enemigo salvaje y en sus planes de destrucción contra Europa.

Este es el deseo de los

NIÑOS DE EUROPA



5 APRIL 1943

